

# UN NUEVO PLANTEAMIENTO DEL SABER: LA METAFISICA

JUAN A. GARCIA-GONZALEZ

This work deals with the priority of being in the philosophy of L. Polo. Especially, his first position with regard to human knowledge, and his primacy regarding the temporal sucession.

## I. DELIMITACION DE LA METAFISICA.

Aunque parece indudable que hay múltiples objetos en el entorno humano, la experiencia de la duda cartesiana muestra algo de no absoluto en esa presencia de objetos: con la duda es posible soslayarla; en cierto modo, pues, cabe prescindir del haber objetos. A este respecto, es postura central de la filosofía poliana la atención a dicha presencia de los objetos ante el hombre<sup>1</sup>. Atender a la presencia de los objetos – y no directamente a ellos mismos – puede resultar quizás extraño, pero tiene una fecundidad sorprendente y una importancia que entiendo crucial para el actual progreso del saber metafísico.

### 1. El límite del pensamiento humano.

Frente al punto de vista de un realismo prematuro, que podría tomar la presencia por la misma realidad de los objetos de experiencia, y frente a una postura de corte idealista, que tal vez entendiera la presencia como mera apariencia fenoménica de una latente realidad, Polo

---

<sup>1</sup> Polo estableció la noción de presencia a la mente como límite del pensamiento humano en diálogo con el pensamiento cartesiano (cfr. *Evidencia y realidad en Descartes*, Rialp, Madrid, 1963, c. VI, citado como *ED*). Pero la fundamentación teórica de tal limitación la ha propuesto desarrollando la noción aristotélica de operación inmanente, *praxis akineseos*; es, en gran medida, motivo capital de su *Curso de teoría del conocimiento*, citado como *CTC*, (Eunsa, Pamplona: v. I, 1984; v. II, 1985; v. III, 1988. Pueden verse especialmente los axiomas E y F en el v. I; y las lecciones 2ª a 8ª en el v. II).

sostiene que a la presencia de los objetos no corresponde ni realidad ni apariencia, sino únicamente *haber*: *hay* objetos presentes. "Haber" tiene en el lenguaje ordinario un significado preñado de realidad: "hay algo" significa tanto como "existe algo". Por el contrario, la tesis poliana establece que, aunque el haber algo *implique* su existencia, haber y ser se distinguen, no son lo mismo. Mientras que la existencia de las cosas es independiente del hombre, el haber remite a la persona ante la que hay algo; con toda precisión el haber se propone como la sola presencia de los objetos ante la mente del hombre. Con todo, este haber objetos no constituye un *tertium quid*, medio entre la existencia real de los entes y la existencia del hombre que los conoce: el haber carece de entidad, y su aparente interposición, que es preciso notar, debe adscribirse al pensamiento, y justamente *en tanto que* humano.

El pensamiento del hombre, ciertamente, no es creador, es decir, con su ejercicio no funda entes ni suscita realidades existentes, sino que, todo lo más, consigue que *haya* objetos presentes. Haber objetos significa, entonces, haberlos pensado; el haber, por tanto, no equivale a existencia ni a apariencia, sino estrictamente a haber conocido, a presencia. La presencia de los objetos es propuesta, así, como algo peculiar del pensamiento humano, y más concretamente como su límite.

En efecto, el pensamiento del hombre es pensamiento ejercido por un ser corporal. La corporalidad del ser humano<sup>2</sup> está en la base de la limitación de su pensamiento por cuanto le impone una exigencia: la *previa* presencia de los objetos. Por ello, la asignación de un límite al pensamiento humano no es arbitraria, sino que es el mismo pensamiento el que nos muestra su limitación de una característica manera: la mente humana tiene una prioridad ya dada; en eso consiste su limitación: en que al pensamiento humano *antecede* siempre la presencia

---

<sup>2</sup> La correspondencia entre el límite mental y la corporalidad humana se aprecia en la necesidad de experiencia para la ciencia o de conversión de la inteligencia a la fantasía, y otros conocidos tópicos gnoseológicos. Pero es expresamente puesta de manifiesto por Polo al examinar la noción de facticidad, en uno de sus sentidos no sofisticos —el cuarto— (cfr. *Hegel y el posthegelianismo*, citado como *HG*, Univ. de Piura, Piura, 1985; 412, ss. O también *CTC*, III, 394 ss.). Por lo demás, si cabe asimilar este sentido del cuerpo a la función *somática* que asigna Zubiri al cuerpo humano ("El hombre y su cuerpo", *Asclepio*, 1973 (25), 3-15), es preciso concluir que el cuerpo, como *soma*, es rigurosamente *propio*, correlativo con la conciencia personal.

de los objetos. En efecto, el pensamiento del hombre se ejerce siempre desde lo que *ya hay* (conocido) ahí delante.

## 2. Pensamiento, cultura y lo diferencial de la metafísica.

Pues bien, el hombre se refiere a la presencia de objetos al menos de una doble manera. De manera inmediata con el pensamiento, pues la presencia es su límite. Sucede que la limitación del pensamiento es constante, insuperable por cualquier proceso lógico; la presencia de los objetos no sólo antecede al pensar, sino que lastra su posible progreso, el cual, por haberse iniciado en ella, nunca la elude. Al pensar el hombre obtiene, posee *ya*, lo pensado; es decir, pensar es siempre haber pensado: "haber pensado" algo, o "haber algo" pensado.

Pero además, el hombre se refiere a la presencia objetiva conformando a partir de ella su conducta. La acción práctica se configura de acuerdo con los objetos presentes, los cuales, por estarlo, hacen posible dicha configuración. La presencia de objetos en orden a la acción pragmática del hombre se entiende como condición de posibilidad por cuanto la torna posible, esto es, factible. Así considerado el quehacer cultural, se aprecia, desde luego, la superioridad del pensamiento sobre la conducta, que es derivada; pero lo que interesa notar es que en ambos órdenes la presencia a la mente tiene valor de límite: del pensamiento, o del posible hacer humano.

De acuerdo con este planteamiento, cabe acceder a la metafísica<sup>3</sup>, y primeramente apreciando su carácter diferencial. Ante todo, ni desde el punto de vista individual, ni desde el punto de vista histórico, la metafísica es algo inicial, algo con lo que contemos de entrada; de entrada el hombre se encuentra ante el mundo, ante el conjunto de objetos de experiencia; como hemos dicho, lo primero, lo que siempre antecede, es la presencia de los objetos.

Y precisamente lo diferencial de la metafísica respecto de los ámbitos del pensamiento y de la conducta humanos se refiere a esta prioridad de la presencia en dichos ámbitos. La metafísica se destaca del

---

<sup>3</sup> Esta primera parte del trabajo ("Delimitación de la metafísica") es una exposición –en lo que hace a la metafísica– del apéndice "Dos estudios sobre la historia y el saber" que Polo incluye en su libro ya citado *HG*, 385-412.

pensamiento y de la cultura porque se ocupa del ser, y el ser es otra prioridad distinta, precisamente aquélla que no está ya dada de antemano: la prioridad absoluta o enteramente independiente, esto es, la prioridad fundamental o fundamento. De acuerdo con esta dualidad de prioridades, cabe observar que ninguno de los objetos presentes es el fundamento; y, a la inversa, que el haber objetos está, en cuanto previamente dado, infundado, esto es, exento de su fundamentación; por cuanto en él la presencia *suple* como prioridad al ser. El ser se propone, pues, como la prioridad que se busca, a saber: el fundamento.

Desde luego, el ser ni es un objeto ideal –algo pensado– ni un objeto cultural realizado por el hombre. A la inversa, hay que decir que la metafísica no es ninguna tarea del pensamiento, ni tampoco algo factible por el hombre. Puede sorprender esta afirmación, pero se admitirá si se considera repoadamente. Sin duda la metafísica tiene una dimensión antropológica, pues se ha de corresponder de algún modo con el hombre que la ejerce; pero lo que se afirma es que esta correspondencia no es el pensamiento ni la conducta. De aquí la severa discusión que Polo sostiene contra Hegel y Heidegger<sup>4</sup>.

El proceso dialéctico hegeliano, como cualquier otro proceso lógico –en cuanto que cometido del pensamiento–, no es el método de la metafísica porque la metafísica no se consigue pensando. La metafísica no es un saber ya constituido por el pensamiento y que esté ahí esperándonos, ni cabe tampoco constituirlo en algún momento y legarlo a la posteridad. Sin embargo, ésta es la índole propia del pensamiento; al pensar hay algo pensado; pero la metafísica no la *hay* nunca, porque ni es ni puede ser un saber constituido. Esta tajante distinción entre metafísica y pensamiento va más allá de la crítica bergsoniana al concepto o del usual rechazo del conocimiento objetivo; se trata de la necesidad de abandonar el pensamiento para la metafísica. De otro modo, el fundamento como prioridad independiente sería inaccesible, pues el pensamiento humano tiene una prioridad ya dada, un límite, que es la presencia de los objetos.

<sup>4</sup> Polo discute la construcción metafísica hegeliana en el c. II de *AS*. Univ. de Navarra, Pamplona, 1964; y también en el primer capítulo del mencionado *HG*. Además puede verse el prólogo de L. Polo a A. SEGURA: *Logos y praxis*, Tat, Granada, 1988.

A Heidegger Polo le dedica las páginas 181-192 de *AS*, y el capítulo V de *HG*.

Por su parte, la pregunta por el ser es algo factible, y por tanto un recurso pragmático. Más la acción práctica humana es configurada por los objetos presentes, que así la anteceden. En este caso, la pregunta por el ser lo supone ahí como algo por aclarar; por el contrario, el ser es la prioridad que nunca está dada ahí. Pero no es que la pregunta está mal formulada y quepa interrogar mejor, sino que hacer preguntas, como cualquier otro hacer, depende de lo presente en su estricta anterioridad, y en esa medida nos aleja de lo primario, impide ocuparse del ser. La metafísica, en tanto busca lo primario, no es algo factible, ya que lo hacedero lo es siempre desde algo previo, desde aquello de que ya disponemos.

### 3. Metafísica y filosofía.

En suma, la metafísica se distingue del pensar y del hacer humanos por cuanto se ocupa del ser en su irrestricta prioridad; y, en consecuencia, por cuanto exige prescindir de la presencia de los objetos en busca de otra prioridad que no está dada allí, del fundamento. La metafísica es, de este modo, filosofía. El saber a que se aspira es una metafísica *íntegramente* ejercida, lo que quiere decir, *congruente*: que consiga con justeza la adaptación del método al tema que se estudia, el cual no es obra humana como el pensamiento o la cultura. La metafísica que se margina es una ciencia metafísica constituida, aquel conocimiento del ser que el hombre puede lograr pensando: el conocimiento racional sobre el ser.

Efectivamente, cabe pensar que *hay* ser, pues podemos establecer racionalmente que el mundo de objetos presentes en la experiencia *implica* su entidad; penamos el ser al explicitar esa implicación<sup>5</sup>. En

<sup>5</sup> El primer capítulo de AS, o.c., incluye ya la teoría del conocimiento poliana, que luego ha desarrollado en su citado CTC, aún sin concluir. Tres operaciones centran esa gnoseología: la operación incoativa de la inteligencia, conciencia o abstracción (a la que se dedica el segundo volumen del *Curso*), la reflexión lógica o negación (tercer volumen del *Curso*), y la razón como operación específica (que será tratada en el volumen cuarto). Al conocimiento explícito del ser que aquí mencionamos se dirige esta última operación, la cual sin embargo se somete como las otras al límite del pensamiento humano. El abandono del límite del que luego se hablará, ha sido integrado por Polo en la línea del conocimiento habitual, no operativo ("Lo intelectual y lo inteligible" *Anuario filosófico*, 1982 (15, 2<sup>a</sup>), 130 ss.). Con todo, puede acometerse como tarea, y de ahí su valor metódico para la filosofía.

esta línea se inscribe, por ejemplo, la usual justificación del principio de contradicción en el orden de la causa formal: que *haya* A, implica que *hay* algo por lo que A no *es* no-A. Pero un tal conocimiento metafísico tiene de incongruente que, a su término, ignora la existencia extramental del ser: si existe el ser, o cómo existe; pues en la medida en que *hay* ser, el ser está supuesto, pensado; y pensado desde lo que hay. Sin embargo, la existencia del fundamento no depende de lo que haya, ni de que lo haya, sino que por el contrario es primaria y se convierte con su propio fundar; justamente aquello de que se exige al ser al pensarlo: el fundamento pensado no funda. La prioridad absoluta del ser es, a la postre, incompatible con la prioridad antecedente del haber objetos.

De acuerdo con esta observación Polo denomina al ser *comienzo* trascendental. La que hemos llamado ciencia metafísica no se invalida por falaz sino por incompleta, pues no advierte lo primario, que es la existencia, la prioridad absoluta, el comenzar a ser. Paralelamente, para la congruencia metafísica se exige un método riguroso: el abandono del pensamiento, de esa antecendencia del haber que suple la prioridad del ser. El filosofar, como abandono del límite mental, es, pues, el método de acceso al ser que advierte su existencia extramental<sup>6</sup>.

#### **4. Método y tema como dimensiones integrales de la metafísica.**

Hablamos de una metafísica íntegramente ejercida; con eso pasamos a considerar las dimensiones integrales de la metafísica por encima de su carácter diferencial. Es menester precisar el filosofar como referencia al hombre del saber metafísico, excluido que ésta se al pensamiento o la acción pragmática; dicha precisión se refiere a la peculiar solidaridad que guardan el tema y el método de la metafísica.

En efecto, la primera dimensión integral de la metafísica a que hemos aludido es su sentido temático: la metafísica trata del ser, la

---

<sup>6</sup> El abandono del límite mental como método de la metafísica ocupa el tercer capítulo de *AS*, ya citado. Asimismo, el primer capítulo de *El ser I: la existencia extramental*. Univ. de Navarra, Pamplona, 1966.

prioridad absoluta, lo fundamental. Lo notable aquí es que el fundamento no es ni puede ser para la metafísica no es fundado –es el fundamento–; o bien, que el fundamento no funda la metafísica, pues sólo es su tema, no su agente. Si el ser sólo es el tema de la metafísica, queda excluída de su incumbencia la dimensión metódica de ésta: entender el fundamento no es fundar; en el ejercicio de la metafísica no está el valor fundante del fundamento. Como parece claro, si la metafísica no es un objeto ideal, ni un artefacto cultural, tampoco es un ente natural; no es el ser quien se conoce en la metafísica, sino el hombre quien conoce el ser con ella. Es relevante esta obvia observación, pues señala la distinción entre la dimensión temática de la metafísica y su dimensión metódica, con lo que ella comporta.

Según lo dicho, el filosofar, como método de la metafísica, comporta la distinción entre la inteligencia humana y el ser. Esta distinción, según Polo, es entera, completa y general; la ruptura del aforismo parmenídeo –"lo mismo el pensar y el ser"– es, por tanto, condición de posibilidad de la congruencia metafísica. En la metafísica el ser es tema y sólo tema; pero atención, porque en ello se indica que no es todo el tema del saber humano. La metafísica es la filosofía primera, una forma de la sabiduría –el saber sobre lo primero–, pero no el único saber posible al hombre. La inteligencia humana no sólo se refiere al ser fundamental, tema de la metafísica, sino también, y ante todo, al ser personal que filosofa. Esta referencia no es ya metafísica, pues el tema ya no es el ser; si bien la exige la propia metafísica, pues el ser para ella es sólo tema.

En esto va implícito que el ser no es lo único. Ante todo, porque la presencia a la mente se ha propuesto ya como otra prioridad distinta del ser, la prioridad que la suple. La unicidad es propiedad que Polo reserva estrictamente a la presencia mental; mientras no se abandona *únicamente* hay objetos; lo único es, pues, el haber. En tanto que única, la presencia mental suple la prioridad del ser; por eso se ha dicho que el método de la metafísica exige el abandono del límite mental.

Pero tal abandono no se consuma con la advertencia de la prioridad del ser, es decir, no se consuma de una vez, porque en tal caso el ser sería lo único. Pero si ser sólo es fundar, pensar queda fuera del ser; de este modo, como es obvio, se anularía el filosofar –para el que lo

fundamental, repito, es sólo tema—. En consecuencia, el abandono del límite mental es pluridimensional, porque al filosofar el hombre se introduce en el ámbito de la existencia, el cual es de suyo plural. De este modo, el filosofar con que la metafísica se ejerce muestra con toda propiedad la referencia de la inteligencia humana al ser en su estricta multiplicidad.

## 5. La ampliación de lo trascendental.

Si denominamos trascender al modo como filosofando se abandona el límite de la presencia objetiva, y trascendental a la existencia a que aboca el hombre con ese trascender, el planteamiento propuesto comporta una ampliación de lo trascendental respecto del alcance que éste tenía en la metafísica clásica.

Ante todo, y como puso de manifiesto la filosofía tradicional, la trascendencia se avizora ya con el pensamiento, pues la existencia lo trasciende. En el conocimiento racional del ser al que antes aludimos la explicitación de los implícitos de la presencia objetiva nunca es exhaustiva; de aquí el primitivo sentido de lo trascendental relativo a la división predicamental. Sucede que la razón humana está sometida al límite del pensamiento, y por ello el pensar humano sobre el ser guarda definitivamente implícita su existencia. El hombre pensando jamás la consigue poseer: ningún pensamiento humano posee la existencia.

Mas al abandonar inicialmente el límite mental advertimos la existencia del ser: el ser existe como prioridad radical; por ello, el fundamento tiene carácter trascendental: la existencia del fundamento es su fundar, su estricto carácter de prioridad. Es la primera averiguación de cómo existe el ser, o de cómo el ser está siendo.

Pero no sólo la existencia del ser —el fundamento— es trascendental, sino también la existencia libre del cognoscente, aunque de otra manera, es decir, con independencia una de otra. Si la existencia fundamental es suplida en su prioridad por la antecendencia del haber objetos, la existencia personal es insustituible, y por ello, en orden al límite del pensamiento, a ella le corresponde el carácter de *además*: con él se menciona el estar siendo la persona. Como hemos dicho, el ser

no es lo único, pues cabe filosofar; el filosofar alude así, como a su condición real, a la existencia cognoscente. El completo abandono del límite mental comporta alcanzar este carácter trascendental de la existencia humana.

En suma, la inteligencia humana se refiere de un modo múltiple al ser. Una es la referencia fundamental, al ser como prioridad absoluta; y otra es la referencia a la existencia personal, referencia que no es fundamental porque la persona humana no existe como fundamento, es decir, no es *prioridad* alguna, sino *además*. Por tanto, el abandono del límite mental que se ha propuesto como método de la filosofía es, al menos, dual. Cabe abandonar la presencia objetiva para advertir la prioridad que ella sufre, el fundamento, y de ese modo se ejerce la metafísica. Pero tal ejercicio implica que debe también abandonarse el haber objetos para alcanzar la existencia a la que conviene el carácter de además, la persona humana, y de este modo se ejerce la antropología trascendental. Saberes ambos distintos, y a los que el hombre aspira.

## 6. El saber humano.

Esta ampliación del orden trascendental que suscita el planteamiento integral –metódico y temático– de la metafísica debe distinguirse, sin embargo, de la clásica analogía del ente. La diferencia puede apreciarse quizá en que fundamento y libertad son trascendentales por separado, sin mutua dependencia; o sea, antes de su consideración conjunta, la cual tiene también sentido trascendental –pues se refiere a la existencia del Creador, de quien depende todo existir<sup>7</sup>–.

Pero, sobre todo, la diferencia estriba en que la ampliación trascendental sienta la entera distinción entre la inteligencia humana y el ser; desde ella se abren una pluralidad de referencias. Por tanto, no se habla primariamente de una multiplicidad de entes, sino de referencias del intelecto al ser. Lo múltiple es, ante todo, el saber humano, y finalmente, el sentido trascendental de la existencia, es decir, el sentido en que ésta trasciende el pensamiento humano. Con otras palabras, lo múltiple son los trascendentales, que no se reducen al ente; la propo-

<sup>7</sup> HG, o.c., 405.

sición "el ser no es lo único" se entiende ahora como esta obra "el ser no es el único trascendental".

Si antes descalificamos la metafísica como ciencia constituída, ahora hay que revisar la comprensión aristotélica de la sabiduría como ciencia a la que se añade el entendimiento de los principios, ya que el saber humano no versa sólo sobre los principios. La sabiduría humana se plantea mejor como conjunción de temas entendidos; si tales temas, como se ha apuntado, son trascendentales, es decir, tienen una peculiar existencia, su conjunción exige la conversión de los trascendentales, un asunto que rebasa la metafísica. A la postre, el orden trascendental comporta un refuerzo de la sola existencia; desde él cabe hablar, con pleno sentido real, de *co-existencia*<sup>8</sup>.

De esta manera se termina de eliminar el saber metafísico. Como ejercicio humano, lo hemos distinguido del pensamiento y del quehacer cultural; temáticamente, hemos excluido de él la antropología trascendental –el hombre no es tema de la metafísica porque no es propiamente un ente, sino superior al ser fundamental–; y también hemos excluido –tarea aún ulterior– la articulación de los trascendentales, como unificación y culminación del saber humano. La metafísica, entonces, se ciñe al ser fundamental, aquél cuya existencia es, respecto al inteligir, entera prioridad: propiamente la existencia de la naturaleza material. Delimitada así la metafísica, Polo ha propuesto su axiomatización.

---

<sup>8</sup> Sobre los trascendentales Polo ha escrito "Ser y comunicación", en VV.AA.: *Filosofía de la comunicación*. Eunsa, Pamplona, 1986; 61-75. Sobre la noción de co-existencia, alguna indicación en su conferencia "La coexistencia humana", en VV.AA.: *El hombre: inmanencia y trascendencia*, Servicio de Publicaciones de la Univ. de Navarra, Pamplona, 1991.

## II. AXIOMATIZACION DE LA METAFISICA.

Decimos que la metafísica se ocupa de la prioridad absoluta, de la prioridad que es independiente del pensamiento humano. Pues bien, lo primario aparece expresamente como tema en el inicio mismo de la filosofía: es la búsqueda de la *arjé*, del principio, de lo fundamental. Tras las lógicas vacilaciones iniciales, ya la filosofía griega logró comprender el ser como principio primero por encima de la pluralidad de principios predicamentales o causas. Por otro lado, la tradición ha recogido también el doble valor lógico y ontológico de los primeros principios del entendimiento; aunque, como es claro, a la metafísica no interese su formulación lógica, sino su *vigencia* ontológica. Sin embargo, entre el principio real y los principios del entendimiento no media una correspondencia clara.

Una forma de unificar ambas cuestiones es la axiomatización poliana de la metafísica<sup>9</sup>. En ella, el ser es ciertamente el principio primero o, como antes dijimos, el comienzo trascendental, la prioridad absoluta. Pero el ser es *creado*; ésta es estrictamente la ganancia cognoscitiva que el planteamiento expuesto más arriba aporta a la metafísica. Pues bien, la índole creada del ser comporta una pluralidad en el seno del principio primero; conforme a ella, la metafísica se cifra en la intelección y articulación de *los* primeros principios; a ello equivale su carácter axiomático. De esta forma también, tiene un completo sentido metafísico el referirse a la vigencia real de los primeros principios del entendimiento.

### 1. Los primeros principios.

Los primeros principios que descubre la metafísica poliana son tres: el principio de no-contradicción, el de causalidad y el de identidad. Aunque aquí sólo trataremos expresamente del primero, es im-

---

<sup>9</sup> La axiomatización poliana de la metafísica se encuentra en los capítulos IV a VI de *El ser I*, ya citado. En esta segunda parte del trabajo ("Axiomatización de la metafísica") expondremos los capítulos III y IV de esa obra, desde cierta interpretación moral de la filosofía de Leibniz a la que aludiremos más adelante (nota 12).

posible desligarlos, pues rectamente entendidos se requieren mutuamente. Precisamente, Polo ha interpretado las líneas centrales de la antigua metafísica griega y de la moderna ontología idealista como sendas maclas, mezclas o confusiones, de los primeros principios<sup>10</sup>.

Según Polo, la metafísica griega lleva a cabo una indebida asociación de los principios de identidad y de no-contradicción. El ente finito, para Polo solamente "no-contradictorio", en el pensamiento griego es idéntico consigo mismo; de ese modo resulta perjudicado el principio de causalidad, al que tan sólo se concede una validez predicamental. Pero sin la causalidad trascendental del ser no cabe apreciar su índole creada, su referencia a una identidad que no es meramente formal, sino existencial; de aquí que el cosmos para los griegos no sea creado.

Por su parte, el idealismo alemán ha asociado indebidamente el principio de identidad con el de causalidad, pues la identidad del ser es producto o resultado, y al tiempo motor del proceso dialéctico. Paralelamente, el perjudicado es el principio de no-contradicción, que ya no rige: el ente finito se reduce a mediación, perdiendo su intrínseca realidad por mor de la necesidad del proceso.

Frente a ambas posturas, que devalúan la identidad del ser, la metafísica poliana sugiere asociar los principios de no-contradicción y de causalidad, entendiendo a ésta como estricta virtualidad de la existencia creada (ahora veremos que tal existencia es no-contradictoria). De ese modo se reserva el carácter primario, incausado, de la identidad del ser.

Por otro lado, también la metafísica tomista señaló alguna pluralidad en el orden del ser como principio primero: el acto de ser y la esencia son los co-principios del ente creado. La axiomatización poliana de la metafísica es solidaria de tal distinción si se admite como real<sup>11</sup>. Desde ella, hay que decir que la esencia no es la existencia —o que ser algo no es existir—, y que la existencia supera toda consistencia esencial, es decir, no consiste en ser de una forma determinada.

<sup>10</sup> Cfr. *AS*, o.c., 58.

<sup>11</sup> Que el ser es creado es lo primero que se dice de él en *El ser I*, o.c.; y se dice de conformidad con el método asignado a la metafísica (14, nota 2). La solidaridad de tal método con la distinción real de esencia y existencia se muestra en *AS*, o.c., 364 ss.

Sin embargo, entre esencia y existencia no hay contradicción; la existencia, en cuanto realmente distinta de la esencia, se dice, pues, principio de no-contradicción; la unidad del ente creado no es, entonces, la identidad, sino la unidad de lo no-contradictorio. Pero la existencia, en cuanto ligada a la esencia para constituir el ente, es principio de causalidad: la causa primera del ente, el sentido trascendental de la causalidad. Por tanto, la inidentidad de la existencia creada no impide su sentido causal, sino que indica con él su referencia a una identidad existencial que no comparece; en esa referencia se avista el carácter primario de la identidad real: el principio de identidad, o la identidad como principio. En suma, la distinción real de esencia y ser, y su composición en el ente, muestran entrambas la superioridad de la identidad existencial sobre el fundamento. Se articulan así los tres primeros principios de la metafísica.

Aquí examinaremos ahora qué significa que el ser, como prioridad absoluta, como principio primero, sea principio de no-contradicción.

## 2. La contradicción y su negación.

El principio de *contradicción* se remonta a Parménides. La comprensión parmenídea del ente exige su contradicción con el no ente. Ello se debe a que no todo lo real es para Parménides ente, pues no admite la pluralidad, ni el tiempo o el cambio; para Parménides ente es sólo la pura actualidad. Paralelamente el no ente parmenídeo tampoco es la nada, sino una negación relativa al ente, es decir, a lo actual. No ente es lo pasado y lo futuro; como dice Parménides, el ente "no fue en el pasado ni será en el futuro; pues es *ahora* todo a la vez" (Frag. 8). De este modo, el no ente parmenídeo es lo posible; pero no entendido según la posibilidad lógica, sino en su sentido temporal, o como posibilidad ligada a la realidad: que se ha realizado o se realizará. La contradicción parmenídea opone entonces, con precisión, lo actual a lo posible, lo presente a lo temporal. Correlativamente, Parménides concede prematura identidad al ente; la pura actualidad se muestra tan igual a sí misma que se supone idéntica: "un sólo discurso como vía queda: el ente es"; precisamente, la contradicción surge de esa identidad concedida al ser actual. Así planteada, la contradicción

se hará posteriormente quicio de una cierta visión de la realidad: también para Platón, entre el ser, idéntico a sí mismo, y el devenir temporal media absoluta separación, *horismós*.

Frente al actualismo de este pensamiento, otra manera de ver tiende a subrayar la temporalidad, el dinamismo y la movilidad de lo real. Para ello es menester negar la contradicción parmenídea. Aunque las negaciones explícitas del principio de contradicción se las debamos a Heráclito o Hegel, el modelo paradigmático de tal negación es, a mi juicio, el pensamiento de Leibniz. En efecto, lo posible no es contradictorio con lo actual si se considera que es razón suficiente de ello, o su fundamento lógico. Ya no se piensa entonces en la posibilidad natural o física, sino en la posibilidad lógica: justamente lo pensable sin contradicción; en última instancia, es el pensamiento quien supera la contradicción al negarla<sup>12</sup>.

Puede concebirse la posibilidad como razón suficiente de la actualidad si se entiende que la posibilidad es total, infinita. Lo enteramente posible es necesariamente actual, pues nada lo impide, nada lo hace imposible; como dijo Leibniz, "si Dios es posible tiene que existir" (*Monadología*, § 45). Lo posible es también razón suficiente de lo actual contingente, en el caso de posibilidades finitas, si es la mejor de las posibilidades, la más co-possible. De este modo, lo posible no sólo no es contradictorio con lo actual, sino que es su principio analítico: la mónada incluye en sí todos sus posibles atributos, los cuales, aun opuestos entre sí, se despliegan sucesivamente en el tiempo.

Como Leibniz, ya Heráclito se había referido, frente a la contradicción parmenídea, a un *logos* rector del tiempo –la razón común–, que impone un constante devenir: la guerra de los opuestos que alter-

---

<sup>12</sup> Polo señala a Eckhart como quien atribuyó específicamente a la razón la capacidad de negar, de mantenerse negando ("Lo inelectual y lo inteligible", o.c., 119).

La filosofía de Leibniz ha sido comentada por Polo al discutir el idealismo hegeliano (*HG*, o.c., 37 ss.). Además, las nociones de posibilidad de Leibniz y Parménides en el sentido aquí expuesto pueden leerse en las lecciones 1ª y 2ª (3ª) del tercer volumen del *CTC*, ya citado; sin embargo, está inédito todavía el curso "El idealismo como respuesta al nominalismo" (1984-85) sobre temas afines a éstos.

Me interesa señalar el paralelismo entre la contradicción parmenídea tiempo-ser y la función articuladora del tiempo que Polo encuentra en la primera operación de la inteligencia; asimismo, entre la negación ideal de la contradicción y la segunda operación intelectual que Polo analiza: la negación. Dicho paralelismo indica la coherencia entre la gnoseología poliana y su interpretación de la historia del pensamiento.

nativamente aparecen y desaparecen –la justicia del tiempo de que habló Anaximandro–. Igualmente Hegel pensó que la razón superaba la contradicción mediante el proceso dialéctico; ello exige que el tiempo sea el elemento del pensamiento, la posibilidad pura de realización del espíritu. Correlativamente, se niega la identidad del ente finito, del ente actual, porque el tiempo muestra por encima de ella la referencia a una identidad final: como en Leibniz, la terminal y necesaria realización de todo lo posible.

### 3. Latencia del pensamiento en la contradicción.

De común, sin embargo, en ambos enfoques el que la contradicción y su negación se propongan –sorprendente coincidencia– desde una cierta identidad del ser y el pensar; al aforismo parmenídeo antes citado, sucede la conocida identificación hegelina de lo real con lo racional. Pero esa identidad ya hemos dicho que está devaluada, porque es necesariamente supuesta, fingida; ya que, si se atiende bien a los términos de la cuestión, dicha identidad es inalcanzable por el hombre. Si ningún pensamiento humano posee la existencia, la identidad a que se alude forzosamente sólo está formulada, no realizada; será una identidad formal, o pensada, pero no la identidad real, existente. La identidad real es inalcanzable con el pensamiento humano, lo cual es muestra de que es ingenerable; por ello Polo apela a su índole originaria: la identidad real es el Origen.

En todo caso, hay que observar que la negación de la contradicción es consecutiva de ella; y que, en esa medida, negar la contradicción no es lo primero, y se distingue de admitir la no-contradicción. Para admitir lo no-contradictorio es menester reparar en que la presunta contradicción entre lo actual y lo temporal, que tanto ha preocupado en nuestros días por ejemplo a Heidegger, no es primaria; y ello quiere decir que no pertenece al ser. Precisamente de lo que se trata es de notar que la contradicción no es lo primero –menos aún su posterior negación–; o bien, se trata de advertir que lo primero –el ser– es no-contradictorio. De acuerdo con ello, al principio se denomina principio de *no*-contradicción.

La contradicción no es primaria, en última instancia, porque se debe al haber (conocido): la actualidad como presente temporal, remite a la presencia mental humana; no sin razón la posibilidad que se le opone termina siendo posibilidad lógica. Por eso, abandonado el haber, a la prioridad absoluta le corresponde en rigor la no-contradicción. Repito, la contraposición entre lo que hay y lo que hubo o habrá impide apreciar el carácter primario de la existencia; especialmente su primordialidad respecto de la sucesión temporal. El devenir con sus transformaciones es un problema para lo actual sólo si partimos de que lo hay ahora; pero esa antecendencia es la que hemos de abandonar para advertir la existencia.

#### 4. Movimiento y existencia.

Con todo, Aristóteles responde a Parménides admitiendo el movimiento: el movimiento es precisamente el acto de lo posible en tanto que posible; en el movimiento, por tanto, se salva la contradicción; lo no-contradictorio en Aristóteles<sup>13</sup> es el movimiento (cfr. *Metaph.* XI, 6; 1063 a 17-21). Pues bien, según la interpretación poliana, la metafísica aristotélica responde al hallazgo de la actividad en el movimiento, un encuentro con la existencia extramental, pero un hallazgo olvidado, no mantenido.

Eso quiere decir que Aristóteles utilizó lo hallado en una interpretación teórica –pensada– de la realidad, además bastante aceptable; pero no percibió el carácter primario de la actividad encontrada. No lo percibió porque no mantuvo su hallazgo, sino que su atención se desvió –se apartó de la actividad extramental– en orden a satisfacer concretos problemas lógicos, singularmente el problema del cambio. Mas, según Polo, es preciso distinguir movimiento de cambio. Aristóteles consiguió explicar, de un modo razonablemente aceptable, el cambio en lo que aparece, pero con ello perdió su hallazgo de la actividad en el movimiento, no permaneció atento a ella, y así no ad-

---

<sup>13</sup> Sobre el principio de no-contradicción en Aristóteles y su dependencia de la actualidad –su limitado alcance–, puede verse el prólogo de Polo a J. GARAY, *Los sentidos de la forma en Aristóteles*, Eunsa, Pamplona, 1987.

virtió su carácter primario, precisamente respecto de lo que ocurre, sea o no un cambio.

El hallazgo aristotélico es la actividad extramental con que se encuentra en el movimiento, su intelección del movimiento como *acto* de la potencia (*Phys.* III,1; 201 a 10). La inmediata pérdida de tal hallazgo es su explicación teórica de dicha actividad en orden al cambio, componiendo el acto con el ente que se mueve –distinción de acto segundo y primero– y concediendo una falsa prioridad a éste último.

Frente a ello, Polo propone concentrar la atención en la actividad sin desviarla hacia otras cuestiones, es decir, prescindiendo del haber –de que había esto y ahora hay lo otro– y de todas las cuestiones que el cambio –en lo que hay– pueda suscitar. Atender al acto hallado sin desviar la atención quiere decir mantener el hallazgo de lo extramental; tal mantenimiento se cifra en la cuestión del después: después del hallazgo, ¿qué? Si atendemos a la actividad que muestra el movimiento, evitando toda elaboración mental de su noción o de su función, entonces la actividad se percibe justamente como la realidad de la secuencia de antes o después, y así se advierte la persistencia. Lo que Polo afirma es precisamente que la realidad de dicha secuencia se muestra en el movimiento, que el movimiento es la persistencia, o que "la persistencia es el carácter existencial del movimiento"<sup>14</sup>.

La actividad que el movimiento muestra es, pues, la victoria del ser sobre la sucesión temporal, y sobre la contradicción que tal sucesión provoca al pensamiento humano. En definitiva, se invierte completamente la posición platónica: el tiempo ya no es ajeno a la entidad, sino precisamente indicio suyo. Esto es lo que quiere decir que la existencia es no-contradictoria.

Aristóteles supone, a lo largo del proceso, la permanencia del sujeto del movimiento, de lo que antes había y ahora ha cambiado; mas la permanencia del sujeto no debe postularse fuera del movimiento y ajena a él. Lo perentorio es abandonar el haber y advertir la persistencia *en* el movimiento. El propio movimiento muestra, más aún que un cambio, la persistencia sobre el tiempo. No la idea de que el ente se mantenga (sea cierta o no) sino el ejercicio real de persistir, la activi-

---

<sup>14</sup> *El ser I*, o.c., 72. Sobre la definición de movimiento como "realidad de la secuencia de antes y después", 163 ss. Ahí Polo distingue la persistencia de las nociones de duración y sucesión (en lo que hay).

dad como persistencia sobre el tiempo, precisamente lo primario: la existencia.

De acuerdo con ello, se puede decir que el movimiento –la actividad que no el cambio– es la existencia del ente material. Y ello sin admitir, en modo alguno, un movilismo universal al modo heraclíteo; el constante devenir de un planteamiento tal no alude a la actividad, sino justamente al cambio. Pero si con el cambio adviene alguna actualización, alguna ganancia, el movimiento logra la ganancia pura: persistir sobre el tiempo, existir; esto es el ser como comienzo, o el comenzar a ser; lo fundamental.

## 5. Existencia y esencia.

La persistencia, empero, es finalidad pura; y eso quiere decir que no se logra, no se consume en presente, o que nunca está *ya* realizada; por eso decimos que la existencia fundamental carece de identidad: solamente es no-contradictoria. Esta característica muestra, ciertamente, que es irreductible al *haber algo*, y por eso exige el abandono del límite mental para su advertencia intelectual; así se comprueba la congruencia del método propuesto para la metafísica. En último término esta congruencia viene exigida porque la existencia fundamental no se refieren al pensamiento humano, sino a esa identidad que antes señalamos como originaria; como ya hemos dicho, el ser no es obra humana: es creado.

En el movimiento se advierte el carácter primario del ser: persistir sobre el tiempo es lo primero, lo fundamental. Y un fundamento del tal índole –a saber: carente de consistencia mental, de identidad propia, pura finalidad– que comporta la admisión de una anterioridad real; decimos, en efecto, que persistir es seguir realmente de *antes* a después. La suposición aristotélica de que si hay movimiento algo se mueve, concede prioridad al ente sobre el movimiento. Por el contrario, abandonado el haber, la primacía de la actividad se respeta sólo cuando se admite la esencia como la anterioridad que ocurre *en* el movimiento.

En tal anterioridad Polo señala la realidad de la esencia. Sólo unas palabras acerca de ella. Se trata de una anterioridad que, con todo, no

consigue anticipar el después: insisto en que persistir es seguir después; decididamente, la esencia es realmente distinta de la existencia. Pero la existencia es el fundamento, la causa trascendental; ser causa, sin embargo, no quiere decir que la existencia se refiera a la esencia: existir no es realizar la esencia, sino que persistir es seguir, y así ocurre la esencia; la causalidad de la existencia no-contradictoria se refiere, como ya hemos dicho, a la identidad originaria. Precisamente de este modo ocurre la esencia: la persistencia como posterioridad pura es el principio –el fundamento–, y la esencia es la anterioridad fundada, la única cuya realidad se admite en dependencia de aquél; y se admite así como un análisis meramente *pasivo* del fundamento, pues lo activo es persistir; en su pasividad se aprecia también que la esencia es distinta del ser. De acuerdo con ello, la existencia es la causa trascendental, el fundamento, mientras que la esencia es su análisis en la diversidad de sentidos causales predicamentales<sup>15</sup>.

Aunque no podemos explayarnos más en esta cuestión, se apreciará que la advertencia de la existencia extramental como principio no-contradictorio conlleva su admisión como causa trascendental, causalidad en la que se percibe su referencia a la identidad existencial, incausada y originaria; como hemos dicho, los primeros principios de la metafísica se requieren entre sí, esto es, son mutuamente vigentes. Con todo, aquí sólo hemos podido centrarnos en el principio de no-contradicción, a saber: la existencia fundamental como persistencia sobre el tiempo, ajena a la contradicción entre la actualidad del pensamiento –la presencia que hemos señalado como un límite– y el devenir temporal.

Juan A. GARCIA-GONZALEZ  
Facultad de Filosofía  
Universidad de Málaga  
Avda. Estación s/n  
29017 Málaga (España)

---

<sup>15</sup> Los apuntes aquí esbozados sobre la realidad de la esencia pueden ampliarse leyendo "La cuestión de la esencia extramental", *Anuario Filosófico*, 1971 (4) 275-308.